

la emancipación social



Octavio Alberola



La emancipación social

Octavio Alberola

Artículos extraídos de:

<http://www.alasbarricadas.org/noticias/opinion>



Octavio Alberola es anarquista. Nació en España, en Alaior, Islas Baleares, en 1928. Hoy reside en Perpignan, Francia. En 1939 llega a México con sus padres. A partir de ese momento comienza su militancia anarquista. Actúa en las Juventudes Libertarias y en la CNT española en México. En 1962 forma parte de la organización clandestina "Defensa Interior" constituido por el Movimiento Libertario Español con posterioridad al congreso de la CNT de 1961. En la actualidad participa del "Grupo por la revisión del proceso Granado-Delgado" que, desde 1998, está exigiendo la anulación de las sentencias franquistas. También integra los "Grupos de Apoyo a los Libertarios y Sindicalistas Independientes en Cuba", GALSIC. Incansable, también colabora con otras iniciativas libertarias en Europa. Es un hombre lleno de historias, escritas en una trayectoria de vida libertaria agitada e intensa.

Extraído de:



<http://mislatacontrainfos.blogspot.com.es/2010/05/ana-entrevista-octavio-alberola.html>



<http://starm1919.blogspot.com.es/>



<http://elsetaproducciones.blogspot.com.es/>

La crisis del paradigma emancipador, la miseria de los discursos perentorios y la utopía...

Octavio Alberola, 09/13/2012

¿Cómo poner fin a la alienación sin poner fin a lo que la produce?

Nos encontramos hoy ante una extraña y muy preocupante paradoja. La realidad de los hechos muestra que el capitalismo sigue siendo un sistema fundamentalmente injusto, depredador y dilapidador de recursos materiales y humanos. No obstante, en el imaginario colectivo de los pueblos, el capitalismo sigue siendo considerado como el más eficiente sistema económico para conseguir el bienestar de la humanidad.

La irracionalidad de nuestra época, la concentración y confusión sin precedentes de la propiedad y del poder, la aberrante explotación de las riquezas del planeta y su inicuo reparto, además de la multiplicación de alienaciones, son, incontestablemente, el resultado de la hegemonía capitalista en la organización y gestión de la economía planetaria. Como también es de su responsabilidad que millones de seres humanos sigan condenados a "sobrevivir" en la pobreza más extrema y que millones de trabajadores (aún "activos") se vean ahora amenazados de volver a ella por la "salida de la crisis" que los "mercados" están imponiendo a los pueblos. Una crisis que está, además, agravando los terribles peligros ecológicos que este sistema hace pesar sobre la humanidad. Sin embargo, a pesar de tal panorama y de tal perspectiva, el capitalismo sigue teniendo el viento en popa y es, más que nunca, el paradigma de la "eficacia económica"... ¡Hasta para los regímenes que pretendían combatirlo y ser una alternativa más eficaz y justa!

Ante tal paradoja, ¿cómo negar la crisis del paradigma emancipador, de ese socialismo que debía poner fin a la explotación del hombre por el hombre y contribuir a la emergencia de una sociedad pacificada, de abundancia, igualdad y libertad? Ante un resultado tan negativo de casi dos siglos de luchas por la emancipación, ¿cómo seguir encerrados en nuestras convicciones y esperanzas revolucionarias?

Nos guste o no, esto es así, y de nada sirve lamentarlo o buscar excusas de mal pagador. Al contrario, lo que se impone es encontrar y reconocer las causas de esa sorprendente e ilógica paradoja. ¡Saber por qué un sistema tan injusto, irracional y amenazador es considerado, hasta por sus víctimas, como el único capaz de aportar prosperidad y bienestar al ser

humano! Y, para saberlo, parece lógico comenzar por reconocer lo nefasto que ha sido y es fundar el bienestar (el "vivir bien") de los seres humanos en la posesión de bienes materiales, en ese fetichismo de la mercancía que invade todos los poros de la sociedad: tanto porque condiciona decisivamente su vida y les incita a supeditar todo a conseguir tal objetivo, como porque les hace olvidar o minimizar la explotación de que son víctimas para poder alcanzar tal bienestar.

Admitir pues que esto es decisivo en la adhesión -consciente o inconsciente- de las masas explotadas al capitalismo y en la perennidad de este sistema. Admitirlo y comprender la importancia de dar a la vida otro sentido que el de poseer bienes materiales. La necesidad y urgencia de cambiar el paradigma civilizador capitalista, de fundar el bienestar en placeres que no sean alienantes y que inciten a compartir en vez de competir con los otros. En el placer de satisfacer las necesidades biológicas y de ejercer las funciones cognitivas (la curiosidad de saber y la necesidad de relación con sus semejantes) que han permitido al hombre (por lo menos desde el homo habilis) llegar a serlo. Es decir: preferir compartir a poseer. No sólo porque la posesión de bienes extrínsecos (materiales) lleva a la gente a no sentirse jamás satisfecha -por la obsesión del "cada vez más" que engendra este mundo injusto, irracional y amenazador- sino también porque son los bienes intrínsecos (el conocimiento, la generosidad y la sociabilidad) los que hacen posible el reconocimiento -sincero y leal- de nuestros semejantes y la cohesión social, verdaderamente voluntaria.

¿Cómo, pues, persistir en el absurdo de combatir al capitalismo sin cambiar su paradigma civilizador y seguir centrando las luchas sociales y el cambio revolucionario en reivindicaciones esencialmente materiales? ¿Cómo pretender poner fin a la alienación sin poner fin a lo que la produce? ¿Cómo -pese a ser archiconocidos los efectos de la adhesión de la gente a ese sistema y los mecanismos psicológicos que la producen- no ver lo nefasto de tal absurdo y persistir en él?

Ahora bien, es verdad que, aún siendo decisivo, esto no es suficiente para explicar la paradoja de la adhesión de la clase explotada al capitalismo, de la resignada aceptación de tal sistema por los que son sus principales víctimas. De ahí la necesidad -para encontrar una explicación exhaustiva de la paradoja y así poder superarla- de preguntarse si no ha sido también decisiva la desilusión producida por los fracasos de todas las tentativas de sustituirlo por otro modelo económico. Y ello pese a haber conquistado el Poder y a haberlo ejercido durante muchos años.

Es pues necesario reconocer que el fracaso de las experiencias del socialismo real ha sido también decisivo en esa paradójica "adhesión" de la gente al capitalismo. No sólo porque se ha visto lo que era ese "socialismo" (un simple capitalismo de Estado que, al reemplazar la propiedad privada por la estatal y dejar la plusvalía del trabajo en manos de la burocracia, seguía explotando a los trabajadores) sino también porque su fracaso no podía quedar sin efecto sobre las masas que confiaban en tales experiencias para emanciparse.

¿Cómo habría podido quedar sin efecto alguno el fracaso de la praxis de una ideología -la del "socialismo" de empresas estatales y planificación autoritaria- que no sólo pretendía ser la alternativa al capitalismo sino la ciencia del devenir humano? Una ciencia que debía iluminarnos para saber cómo y cuándo construir una sociedad sin explotación ni dominación, de igualdad y abundancia. ¿Cómo considerar pues ese fracaso, la vuelta al capitalismo en todos los países en los que ese "socialismo" se instauró (y, en Rusia y China, hasta como imperialismo), un simple avatar de la historia? Además, ¿cómo no seguiría decepcionando y generando resignación una praxis política reducida al desarrollismo capitalista y al autoritarismo más o menos autocrático, como es la de los partidos que gobiernan con programas de "izquierda" o que se pretenden "socialistas" (en China, Cuba, Venezuela, Bolivia, Ecuador, etc.)?

Aunque a algunos les duela reconocerlo, es el capitalismo el que ha quedado triunfante sobre las ruinas de ese "socialismo" de Estado que pretendía ser todo lo contrario de la economía de mercado y ha acabado reinstaurándola. ¿Cómo negar un tal fiasco revolucionario: la responsabilidad del "socialismo" autoritario en la rehabilitación ideológica del capitalismo? Al extremo de que éste aparece ahora como el más apto de los sistemas económicos imaginables para permitir el acceso al consumo y a la prosperidad... Y ello pese a mostrarse cada día más injusto, para la repartición de riquezas, y más devastador y peligroso para la propia supervivencia de la especie humana.

Las razones para inquietarse son pues muchas y realmente serias. No sólo porque las masas laboriosas se resignan a ser explotadas sino también porque esa misma resignación ha contagiado a la mayoría de cuantos se pretenden aún revolucionarios. Basta con ver lo que son hoy las luchas sociales y las reivindicaciones sindicales o políticas. En el mejor de los casos: defensa de los puestos y horarios de trabajo, del nivel de salario y del tiempo efectivo laboral, o pedir políticas de empleo, desarrollistas o tímidamente ecologistas... Es decir: a un tímido conservadurismo social. Pues hasta los sindicatos y partidos "progresistas" han renunciado al "Estado de bienestar" y se conforman con tratar de evitar "recortes" y

mantener el status quo social actual. Y no digamos de las políticas de los regímenes que aún se reclaman del socialismo de Estado, cuyo principal objetivo es mantenerse en el Poder para proseguir el saqueo de los recursos naturales en complicidad con las transnacionales. Y, por supuesto, en beneficio exclusivo de éstas y de las nomenklaturas (las nuevas burguesías) de esos regímenes.

Se mire por donde se mire, es la misma resignación, el mismo retroceso revolucionario. Aunque esto no quiere decir que la aspiración revolucionaria no continúe presente en el pensamiento de cuantos siguen creyendo en el viejo paradigma emancipador o que la retórica revolucionaria no siga coloreando los discursos de cuantos se autoproclaman revolucionarios: sea para creer serlo o para justificar sus apetencias de poder...

La miseria de los discursos perentorios

Claro que los hay sosteniendo aún discursos "revolucionarios", repitiendo con fervor las palabras "cambio", "revolución", "poder popular"... Creyendo, sin duda, suficiente pronunciar tales palabras para que el acontecimiento que ellas anuncian se pongan en marcha... Claro que aún quedan especímenes de esta clase, capaces de repetir ritualmente tales palabras sin darse cuenta de la poca o nula receptividad que ellas encuentran. Del poco o nulo efecto que ellas producen. Claro que aún los hay incapaces de ver lo que el mundo es hoy o voluntariamente ciegos ante él, y que por ello siguen pronunciando palabras mágicas... Creyendo, sin duda, que ellas tienen un carácter "performativo" y que, en consecuencia, ellas son capaces de crear por si solas el acontecimiento que se supone significan. Por eso, parafraseando a Foucault, podemos decir que jamás ha parecido tan vertiginoso el divorcio entre las bellas y buenas palabras y las cosas y acciones feas. Y no sólo en la praxis de la clase política profesional.

No es pues de extrañar que lo esencial del debate político actual sea la denegación, esa extraña y perniciosa ceguera consentida, común a la izquierda "reformista" y a la "revolucionaria", que permite evacuar las cuestiones de fondo: el desarrollismo, la representación y la repartición. Esas cuestiones de las que depende realmente nuestro porvenir y que la denegación escamotea: sea transformando el debate en disputa religiosa, entre "gentiles" reformistas y "malvados" revolucionarios, o reduciéndolo al uso de prótesis lingüísticas más o menos "cultas". Es decir: a esa tonta y calamitosa moralización del debate que, al impregnarlo de la idea de pecado y traición, solo prima los cánticos consoladores y las propuestas insustanciales, o a esa estéril

polémica -no menos tonta y calamitosa- entre especialistas cultos y estetas del lenguaje que, por similares razones, se reduce a un intrascendente concurso de oratoria y cultura.

Es pues obvio que esas cuestiones deberían ser abordadas más seriamente, lejos de los enfrentamientos ideológico/clericales y de los discursos perentorios o excesivamente "cultos". No sólo para facilitar un debate equitativo, amplio y racional, sino porque debería interesarnos a todos saber por qué está en crisis el paradigma emancipador, en qué es necesario renovarlo y cómo se puede hacer tal renovación.

Ahora bien, aunque esta convicción sea necesaria para que un tal debate pueda comenzar y se desarrolle convenientemente, también me parece necesario tener bien presente la imprevisibilidad de la marcha del mundo y que éste se ha vuelto más complejo e indescifrable que lo era antes. De ahí lo aconsejable de evitar los discursos perentorios y de mostrarse categórico: no sólo porque lo perentorio es lo propio de los políticos de nuestra época sino porque la complejidad del mundo debe incitarnos a más modestia. Tener pues en cuenta que, al volverse confusas las convicciones, las palabras se vuelven más tajantes. Como si se quisiera paliar, con la agresividad y violencia de la expresión, la debilidad y superficialidad del contenido.

Deberíamos esforzarnos pues en no asestar afirmaciones por no tener la paciencia de razonar con argumentos convincentes o, al menos, lógicos, justos. Perder la mala costumbre de la precipitación, que no se reduce a una cuestión de lenguaje sino que procede de una denegación colectiva más profunda: de un rechazo inconsciente de ver que el mundo cambia y que es necesario observarlo, sin prisas y con mucha atención, curiosidad e interés. No caer en la tentación de imitar a políticos y comunicadores, que no paran de denegar la realidad con sus juicios anodinos y su verbo alto y fuerte. Esa denegación que no corresponde a nada; pero que evidencia lo que reprime su inconsciente. Dejarles pues a ellos el privilegio de pronunciar esos discursos denegadores, que se extenuan rápidamente tras ser pronunciados. Ser conscientes de que las instituciones tradicionales (partidos, sindicatos, medios de comunicación, líderes de opinión e intervinientes "yo lo sé todo", etc.) sólo reflejan un mundo viejo en vías de hundimiento. Un mundo que ya no existe más y del cual sólo la imagen sobrevive a su desaparición: "como la luz de las estrellas apagadas que aún nos llega del fondo del universo a pesar de que ellas han dejado de existir, de haber pasado a ser nada..." Considerar pues a estos "yo lo sé todo" como lo que son: viejos comediantes del espectáculo político-mediático, incapaces de admitir que este mundo ya no es suyo y de comprender la complejidad de lo que está sucediendo, del

mundo en vías de surgimiento. Una incapacidad que explica el por qué no logran hacer entrar esta realidad en sus estructuras de análisis y categorías ideológicas, ya gastadas por el tiempo, y el por qué su discurso sólo es denegación de lo que su inconsciente rechaza e intenta reprimir desesperadamente.

Pero esto no significa que, cuantos no queremos ser confundidos con tales comediantes y no denegamos la realidad, no debemos reconocer que estamos, como ellos, programados para pensar en base a las condiciones cognitivas y saberes (epistemé) de la época. Y ello a pesar de nuestros intentos por liberar nuestro pensamiento -con la lógica de la denegación- de las limitaciones que le imponen aquellas condiciones y la conciencia de no estar a la altura de la situación. La prueba es que tampoco nosotros hemos logrado desentrañar la complejidad del mundo emergente, ni hacer entrar convenientemente las dominaciones nuevas y las luchas contra ellas en nuestras estructuras de análisis y categorías ideológicas: sea para combatir eficazmente unas o potenciar las otras.

Este extraño hiato, esta fisura entre el blablablá cotidiano y las nuevas realidades, indica, en falso, las razones de nuestra profunda perplejidad y la enormidad del cambio: no sólo de época sino de paradigma civilizador. Aunque, en verdad, quizás no se debería hablar de tiempo, de "época", sino de mil y un sismos invisibles que, desde hace un par de décadas, han transformado más el mundo que éste se transformó en el curso de las diez precedentes.

Así pues, ante un tal estado de metamorfosis permanente de la realidad, de un mundo en continua mutación, ¿cómo perseverar en comportamientos y discursos perentorios? La complejidad misma de esa metamorfosis, de esa mutación, deberían incitarnos a la modestia; pues es evidente que, para desentrañarlas, tenemos mucho a ganar con la adopción de comportamientos y discursos más modestos, más reflexionados, menos perentorios. Sobre todo si queremos analizar seriamente las causas de la crisis del paradigma emancipador y encontrar métodos de lucha más eficaces para combatir el capitalismo y conseguir que un día se vuelva realidad la utopía de una sociedad igualitaria y libertaria. Esa sociedad en la que todos los seres humanos podrán satisfacer sus necesidades, materiales y culturales, y decidir en común las normas de la convivencia social.

La renovación del paradigma emancipador

Si se comparte tal aspiración y se quiere realizar un tal análisis, se debe comenzar por admitir la crisis del paradigma emancipador y que ésta nos afecta y concierne a todos los explotados y dominados. Aunque, por razones evidentes, es a cuantos seguimos denunciando y combatiendo la explotación y la dominación que debería concernir de manera más directa y acuciante. Es decir: tanto a los que aún siguen creyendo que, para acabar con el capitalismo e instaurar el socialismo, sigue siendo necesaria la toma del poder, como a los que siguen considerando que se puede conseguir eso sin pasar por el poder -aunque, entre éstos, los hay que siguen creyendo ineluctable *in fine* una confrontación violenta con el capitalismo para el triunfo de la Revolución... Y eso a pesar de que, después del "siglo de los extremos" y sus calamitosas experiencias, esa palabra haya perdido su encanto emancipador y quedado identificada con una violencia cuyo desencadenamiento suscita, muy justamente, temores hasta en el seno de la clase explotada. ¿Cómo pues seguir "utilizándola sin someterla a examen, como si nada hubiera pasado, sin volver a sopesar su significado"? Tras haber sido desacralizada, ¿cómo recaer de nuevo en tal creencia?

Parecería pues lógico que este análisis, esta reflexión, interese a las dos grandes corrientes del movimiento emancipador. Esas corrientes, de pensamiento y acción, que, desde la Primera Internacional, intentaron cambiar el rumbo de la historia y poner fin al sistema capitalista a través de sus respectivas praxis revolucionarias. No sólo porque ni el marxismo ni el anarquismo no han podido conseguir su objetivo emancipador hasta el día de hoy sino también porque son muchas las consecuencias a sacar del fracaso de sus tentativas por conseguirlo y de la difícil y complicada situación del mundo de hoy. Pues, se diga lo que se diga para explicar y justificar esos fracasos, el desarrollo del capitalismo contemporáneo ha probado que no es la propiedad privada -de los medios de producción y de intercambio- la que le ha permitido triunfar y mantener los hechizos del capital y sus prodigios místicos sobre las masas laboriosas. Lo que está en el origen de tal hechizo y que ha permitido al capitalismo intensificar sus formas de dominación es el hecho de que también los movimientos emancipadores (partidos y sindicatos) han basado el bienestar, el "vivir bien" de la gente, en la posesión de bienes materiales, en que hasta el paradigma emancipador haya quedado reducido -en la práctica de sus reivindicaciones y luchas- a un objetivo tan hechizador y sometedor.

Pero esto no quiere decir que no sea también la fragmentación de esas reivindicaciones y luchas, además de los enfrentamientos fratricidas y los estrepitosos fracasos de las experiencias revolucionarias, lo que ha

facilitado decisivamente el "triunfo" del capitalismo y que éste haya podido conservar y consolidar su hechizo y extender su dominación al planeta entero. Claro que esto ha sido también decisivo; pero, como lo comienzan a reconocer muchos activistas, en esos dos importantes campos del movimiento emancipador, lo más urgente hoy es cuestionar el hechizo por la posesión de bienes materiales para superar la crisis del paradigma emancipador. Pues sólo así se podrá renovarlo consecuentemente y conseguir que la abolición del orden establecido tenga realmente como horizonte "una asociación en la que el libre desarrollo de cada uno sea la condición del libre desarrollo de todos". Es decir: una emancipación que tenga como base la libertad, y que ésta no sea -como dijo un marxista heterodoxo- "un placer solitario".

Es evidente pues que esta renovación implica necesariamente el cuestionamiento del poder: tanto de su conquista como de su ejercicio para "consolidar la Revolución y avanzar hacia el Socialismo". Pero también de ese poder que no se nombra, pero que se ejerce para imponer ideas y propuestas que se consideran las más justas, las más pertinentes y consecuentes con la ideología... Y no sólo se debe cuestionarlo por sus resultados históricos, que han sido negativos, sino por una cuestión de coherencia entre lo que se busca y lo que se hace. Es decir: por estar archi-probado que es imposible de llegar a la libertad a través de la autoridad, de imponer el socialismo desde arriba, de hacer felices a los hombres contra su voluntad. Y también porque, aun siendo hoy en día un lugar común decir que el derecho de decidir debemos ejercerlo todos, la verdad es que no es así. Y no sólo no es así en los grupos y organizaciones que, por "razones" de eficacia revolucionaria, siguen funcionando más o menos piramidalmente sino también en las que continúan a pretenderse absolutamente horizontales, assemblearias y alérgicas a toda forma de poder; pues hasta en las organizaciones anarquistas y libertarias no se es siempre consecuente con tal principio de democracia directa. De ahí la necesidad de que esta reflexión, este análisis comience por el cuestionamiento del actual paradigma civilizador impuesto por el capitalismo; pues, además de ser el fundamento y lo que da fuerza a este sistema, también condiciona de manera muy decisiva nuestra conducta en todos los dominios de nuestra vida personal y social.

La historia humana ha sido, y sin duda seguirá siéndolo, la obra de los humanos y en gran parte de las vanguardias ideológicas; pero todo parece indicar que el protagonismo de éstas está decreciendo y que son las "multitudes" humanas las que -de más en más- están marcando el rumbo del futuro hacia una mayor y auténtica participación de éstas en las decisiones. Los movimientos sociales más recientes, como el que ha reunido a cientos de miles de "indignados" en las principales capitales del

planeta, parecen responder más a esa exigencia de horizontalidad y asambleísmo, y ser más propicios a la inclusión de todos y en su participación en las decisiones. Además de que éstas tienen un carácter más ético y menos ideológico que el de las vanguardias ideológicas, las que aún siguen prisioneras de los esquemas teóricos de sus ideologías. Y eso pese a que la Revolución, como paso del mundo viejo al nuevo, ya no parece posible pensarla como una ruptura sino como un proceso... Un proceso que, para hacer posible *in fine* una sociedad verdaderamente igualitaria y libertaria, deberá ir construyendo -paso a paso- espacios de igualdad y libertad que ayuden a cambiar los comportamientos humanos y así hacer emerger un nuevo paradigma civilizador que privilegie lo humano sobre el desarrollo económico.

De ahí pues la necesidad de cuestionar todo lo que en la teoría y en la práctica del marxismo y del anarquismo ha contribuido a la perennidad del capitalismo e impedido la eclosión de la utopía implícita en el paradigma emancipador común a estas dos ideologías. Necesidad y urgencia de salir, además, de la ideología para poder hacer un análisis objetivo, científico, de la realidad y basar nuestra acción en el conocimiento de lo que la realidad es y no en lo que deseáramos que ésta fuera.

La emancipación social hoy

Octavio Alberola, 09/23/2013

A raíz del artículo "*Proletariado y clases sociales, hoy*"(1) y de mis comentarios (2), su autor y yo coincidimos en la necesidad de reflexionar sobre el por qué el "*proletariado*", pese a ser -cuantitativamente- superior a la burguesía (aunque la relación no sea de 99 a 1%, como se dice por ahí), parece estar perdiendo hoy la "*guerra de clases*". Lo que sigue es pues una tentativa de respuesta y, al mismo tiempo, una reflexión sobre "*el significado y validez hoy del llamado de la "Primera Internacional : la emancipación de los trabajadores será la obra de los propios trabajadores*".

Sobre la "guerra de clases"...

Para comenzar e independientemente de si es pertinente o no seguir utilizando los términos "*proletariado*", "*clase trabajadora*" y "*guerra de clases*", y de si ésta está siendo ganada o no por la burguesía, considero necesario precisar que lo que debería, lo que debe importarnos -a cuantos continuamos proclamándonos anticapitalistas y revolucionarios- es cómo proseguir hoy la lucha contra el capitalismo y todas las variantes actuales de la dominación y la explotación. No sólo por consecuencia ideológica y ética sino también por razones de supervivencia, puesto que la voracidad depredadora del capitalismo no tiene fin y amenaza con destruir el propio planeta.

¿Cómo negar el desastroso balance de la "crisis" actual para la "clase trabajadora" y el incierto futuro que para ella representan las políticas económicas y sociales a la obra hoy: tanto en los países con Estados conservadores como en los países con Estados "progresistas"? Sí, ¿cómo negarlo? ¿Acaso esas políticas no privilegian el capital al trabajo? Y es así tanto para los Estados que habían basado su desarrollo en la llamada "sociedad del bienestar" como para los "emergentes" (capitalistas o "socialistas") que pretenden avanzar hacia ella. Además, ¿cómo olvidar que todos esos Estados implementan también políticas extractivistas "financiadas" y "controladas" por las transnacionales capitalistas con costos ecológicos devastadores?

Lo grave hoy es que, a pesar de lo evidente, de lo terrible y amenazador de este balance y de este panorama, las masas trabajadoras no parecen ser conscientes de ello; pues, cuando reaccionan, cuando resisten en los países desarrollados es para tratar de salvaguardar algunas de las "conquistas" de la "sociedad del bienestar", y, cuando lo hacen en los países en vías de desarrollo, es para alcanzar tales "conquistas"... O sea que "resistiendo para salvaguardar" o "luchando para alcanzar" esas "conquistas" se está "resistiendo" o "luchando" por lo que permitió al capitalismo domesticar e integrar al sistema de explotación y dominación capitalista a la "clase trabajadora", al "proletariado", sin necesidad de recurrir a la violencia represiva. Violencia utilizada solamente en los casos de real resistencia a la domesticación y a la integración o cuando la burguesía consideraba o considera aún excesivas las demandas de los trabajadores.

¿Cómo no reflexionar pues sobre el por qué, a pesar de tal balance y panorama, el capitalismo es percibido hoy, inclusive por la mayoría de la clase más explotada, como el único sistema económico posible y deseable?

La necesidad y urgencia de una tal reflexión me parece obvia, puesto que, aunque queden por ahí algunas organizaciones sindicales residuales que siguen proclamándose anticapitalistas y revolucionarias, la realidad es que la inmensa mayoría del "proletariado", de la "clase trabajadora", piensa más en consumir e integrarse a la actual sociedad capitalista que en emanciparse socialmente. No sólo porque ha hecho suyos los "valores" capitalistas (acumulación de riquezas y disfrute individual de las mismas), a tal punto que su ideal "emancipador" se reduce hoy al acceso y aumento de su capacidad de consumo, sino también porque su obnubilación por el consumo le impide tomar conciencia de los peligros que éste ha creado y sigue creando.

El hecho es que, por unas u otras razones, el ideal emancipador de la Primera Internacional, de poner fin a la explotación y la dominación del hombre por el hombre, ha quedado reducido a una simple consigna o a un deseo reprimido en el subconsciente de la "clase trabajadora", del "proletariado", y de ahí que sea tan necesario y urgente reflexionar hoy sobre el por qué de tal abdicación y cómo conseguir salir de ella. En otras palabras: ¿cómo reactualizar el llamado de la Primera internacional para que los trabajadores luchen, luchemos de nuevo por nuestra emancipación social y humana.

Sobre la emancipación hoy...

Sea exclusivamente gracias a la trampa del consumo o también por el uso de la violencia represiva que el capitalismo haya conseguido domesticar a la "clase trabajadora", al "proletariado", y así extender su dominación mundial y perennizarla, el hecho histórico es que la burguesía consiguió su objetivo y que hoy nos encontramos más sometidos que nunca a sus ambiciones y designios.

"Desarmado" o "derrotado, vencido y masacrado", el "proletariado", la "clase trabajadora" (o por lo menos su parte más consciente y combativa), debería proseguir hoy la lucha emancipadora con más decisión que antes; pues, si no lo hace, no sólo su desarme o derrota serán insuperables sino que, con tal actitud, contribuirá a la barbarie y los desastres que la continuidad del capitalismo anuncia.

Pero, ¿es esto lo que el proletariado hace? No, no es lo que está haciendo, lo que estamos haciendo. Y, como lo decíamos al principio, aunque haya algunas minorías que lo hagan o lo intenten, esas resistencias no ponen en causa el sistema. Por lo que, aunque triunfen, lo consolidan y contribuyen a integrar más a los trabajadores al capitalismo.

Se impone pues reconocer que, más que la voluntad explotadora y dominadora de la burguesía y la acción de "la mano invisible" (3), ha sido y sigue siendo la abdicación del "proletariado", de la "clase trabajadora", a luchar por su emancipación social, la principal responsable del triunfo de la burguesía y del *"hecho inmoral y kafkiano de que los mismos que provocaron la crisis con sus malas prácticas resulten recompensados dejando en sus manos las políticas para superarla"*.

Es pues necesario ser conscientes de que *"la devastación producida, el número de vidas truncadas y la miseria provocada"* son, qué duda cabe, la obra del capitalismo y de esa *"mano invisible"*; pero también que ello ha sido posible por la renuncia de la "clase trabajadora", del "proletariado" a luchar para poner fin al sistema de explotación y dominación capitalista. Y que, en consecuencia, si los trabajadores, los proletarios, no queremos ser cómplices de la devastación, las vidas truncadas y la miseria futuras, deben, debemos comenzar por cuestionar esos objetivos de lucha que sólo han servido para consolidar y extender la hegemonía del capitalismo.

Por supuesto, tras tantas derrotas, nadie puede pretender poseer la fórmula mágica para liberar a la humanidad de esta terrible plaga que amenaza devastar la Tierra entera, tras reducirnos a la pura condición de mercancías. Pero me parece que ya es hora de plantearnos seriamente el por qué de las derrotas y de intentar encontrar y experimentar un camino que nos permita salir de ellas y evitar caer de nuevo en otras.

En este sentido, me parece que hoy más que nunca es de actualidad y de gran urgencia luchar por la emancipación social de la "clase trabajadora", del "proletariado", conscientes de que ella será la obra de los trabajadores mismos o no lo será, y que una tal lucha debe servir para salir del capitalismo y no para quedarnos en él.

Claro que es fácil decirlo, que lo difícil es ser consecuentes con una tal actitud; pero me parece que, sin dejar de ser solidarios con las víctimas del sistema, vale la pena intentar una tal consecuencia y no renunciar a poner fin a este sistema tan injusto y peligroso. Y que ser consecuentes implica comenzar por no creernos en posesión de la verdad, de la verdadera teoría y estrategia revolucionarias, y, por consiguiente, poner fin a los estériles enfrentamientos ideológicos entre los que aspiran o dicen aspirar al mismo objetivo emancipador. Pues es obvio que un tal sectarismo debilita nuestra lucha y contribuye a disuadir a muchos trabajadores de participar en ella y les incita a quedarse en casa.

Además, si "*las teorías revolucionarias prueban su validez (o su fiasco) en el laboratorio histórico*", me parece que este laboratorio ha probado ya de manera incontestable lo que vale y lo que ha sido un fiasco.

(1) <http://www.alasbarricadas.org/noticias/node/26058>

<http://kaosenlared.net/component/k2/item/67007-proletariado-y-clases-sociales-hoy.html>

(2) Se pueden leer abriendo el enlace a *alasbarricadas...* que antecede

(3) <http://www.kaosenlared.net/component/k2/item/69037-la-mano-invisible-de-la-crisis.html>

La emancipación social hoy (2)

Octavio Alberola, 10/07/2013

¿Qué hacer? : ni desmoralización ni mitificación

El artículo "*La emancipación social hoy*" (1) tenía por objetivo exponer unas breves reflexiones, sobre el contexto actual de "*la guerra de clases*", como primera aportación al inicio de un debate (2) para analizar el por qué los "proletarios", pese a ser más numerosos que los "burgueses", estamos perdiendo (por el momento) esa "guerra". Como prueba de ello avanzaba que el Capital, con la ayuda del Estado, ha conseguido anular una gran parte de las conquistas sociales de la clase trabajadora, y que el capitalismo, a pesar de su terrible y catastrófico balance social, ecológico y humano, ha conseguido también ser "*percibido hoy, inclusive por la mayoría de la clase más explotada, como el único sistema económico posible y deseable*".

Que la "clase trabajadora" está perdiendo gran parte de las conquistas sociales alcanzadas y que el capitalismo es percibido hoy como el único sistema económico posible y deseable me parecía y me sigue pareciendo irrefutable, y por ello sigo considerando necesario y urgente realizar esa reflexión colectiva sobre las causas que nos han llevado a los trabajadores a tan desastrosa situación. Como también sigo considerando necesario evitar "*estériles enfrentamientos entre los que aspiran o dicen aspirar al mismo objetivo emancipador*" y, además, dejar de "*creernos en posesión de la verdad, de la verdadera teoría y estrategia revolucionarias*". No sólo para no desviarnos del objetivo que buscamos con esta reflexión sino también porque, tras tantas derrotas y desilusiones reformistas y revolucionarias, nadie puede seguir sosteniendo tal pretensión.

Es posible que tuviera sentido pretenderlo antes de que se produjeran todos los fiascos reformistas y revolucionarios, teóricos y estratégicos que han hecho posible la hegemonía mundial del capitalismo; pero hoy, con todos los retrocesos sociales que se están produciendo ante nuestros ojos y con lo que son hoy de conservadoras las reivindicaciones sindicales, inclusive las de los sindicatos más radicales, los más revolucionarios, ¿cómo seguir pretendiéndolo?

Es obvio que no, que nadie puede hoy pretenderlo, y que tanto las propuestas reformistas como las revolucionarias, las marxistas como las anarquistas se han demostrado impotentes para conseguir su objetivo emancipador y ni siquiera capaces de asegurar el bienestar material de la clase trabajadora. Pues, además de que esas conquistas sociales sólo fueron posibles tras duras luchas y costos humanos enormes, ahora constatamos que ellas son extremadamente frágiles, que se pueden perder y se están perdiendo.

Con un tal balance (3) y ante una situación tan desfavorable para el ideal emancipador, ¿cómo seguir pretendiendo que todo lo imaginado hasta aquí para realizarlo era y es suficiente? ¿Cómo no reconocer tal insuficiencia, que algo ha fallado y que es necesario, urgente, reflexionar sobre ello? Pues me parece evidente que, si no se le considera una fatalidad histórica, estamos obligados a pensar que, o bien esos fracasos provienen de las teorías y las estrategias utilizadas por la "clase trabajadora" para conseguir su emancipación o bien son el resultado de su propia incapacidad para desear emanciparse.

Claro es que se puede atribuir al capitalismo una extraordinaria capacidad y voluntad para dotarse de los medios persuasivos e impositivos (represivos) suficientes para imponer (por la persuasión o por la fuerza) su proyecto al mundo del trabajo; pero, aún reconociéndole tal capacidad, este argumento nos sigue remitiendo a la cuestión del por qué una minoría, la "burguesía", ha podido dominar al "proletariado", inmensamente superior en número.

La "servidumbre voluntaria"

Lo enfoquemos como lo enfoquemos, esta reflexión, este análisis nos remite inevitablemente a la cuestión, que ya hace muchos siglos planteó el filósofo Étienne de La Boétie, de la "servidumbre voluntaria". Es verdad que se debe matizar lo de "voluntaria"; pues bien sabemos cómo tal servidumbre se ha inculcado e impuesto a lo largo de la historia, que más que voluntaria ha sido inducida, utilizando para ello todos los medios de la persuasión intelectual pero también los de la coerción física. No

obstante, el hecho es que el principal triunfo del capitalismo ha sido obtener de los explotados la aceptación de la explotación capitalista: por ver en ella la posibilidad de realización de su deseo e ideal consumista. Un deseo e ideal de progreso social reducido a la satisfacción de sus necesidades materiales y en consecuencia a quedar atrapados en las mallas de la ideología capitalista.

La Boétie decía: "*Decidiros a no servir más y seréis libres*".

¿Cómo dudar de que esa es la solución, que para ser libres hay que desearlo y decidirse a serlo? Marx y Bakunin, con todos los demás internacionalistas, dijeron: "*La emancipación de los trabajadores debe ser la obra de los trabajadores mismos*". Pero, más de un siglo y medio después, se invoque a Marx o se invoque a Bakunin, ¿qué es lo que podemos constatar desde entonces? Efectivamente, que la emancipación sólo puede ser la obra de los que la deseen. Que ella no cae del cielo, ni depende de la conquista mítica del Poder. Que no hay que esperarla de la caridad del capitalismo ni del capricho de los Amos. Que ella no depende ni de la acción de una vanguardia ni de que las "condiciones objetivas" estén reunidas. Que ella llega cuando no se da al Poder lo que habitualmente se le da para serlo. Es decir: cuando se deja de obedecer y se decide uno a decidir por sí mismo.

Sí, esto es lo que sabemos de cierto sobre la posibilidad de la emancipación después de todo lo sucedido en ese algo más de siglo y medio de historia; pero también sabemos que, salvo en raras ocasiones y en sectores minoritarios del "proletariado", tal deseo y decisión (de no servir más) no se ha manifestado, y que hoy es todavía más flagrante y resignada la renuncia de la "clase trabajadora" al que un día se pretendió era -quizás demasiado pronto- su ideal emancipador.

Claro que se pueden hacer y se hacen llamamientos a la insumisión, a la rebelión, a la toma de conciencia de lo que es la explotación capitalista hoy y de lo que puede ser mañana si los trabajadores no reaccionan y se deciden a defender "sus derechos". Pero, ¿cuál es el resultado de esos llamamientos? El resultado es nulo o casi nulo; pues ni aumenta la resistencia y la movilización contra las políticas antisociales a la obra, ni la solidaridad con los que más la sufren es suficiente para que éstos no sean objeto de una desposesión cada vez mayor.

No obstante, esos llamamientos siguen siendo necesarios y no seré yo quien incite a no hacerlos; pues es obvio que, como se ha producido en otras ocasiones, la toma de conciencia puede producirse y el deseo de emancipación puede volver a ponerse al orden del día en forma de

rechazo a la voracidad explotadora del capitalismo y a su ideología consumista. Y más ahora en que la voracidad depredadora del capitalismo se está poniendo en evidencia de manera tan cínica y peligrosa para la propia supervivencia de la humanidad. Pero también es obvio que ser conscientes de ello, de que puede producirse esa toma de conciencia, no significa que ese cambio radical se va a producir necesariamente; pues también puede no producirse. De ahí que también debamos ser conscientes de lo quimérico y peligroso que puede ser el creer imposible la vuelta de viejas o nuevas barbaries.

¿Qué hacer?

En sus dos contribuciones (4), Agustín Guillamón dice que lo que yo planteo se resume en *"una sola y clásica pregunta: ¿Qué hacer?"* Aunque luego afirma que *"quizás sea más adecuado contestar qué es lo que no hay que hacer"*, por lo que su contribución es una lista de lo que según él *"no hay que"* hacer y de lo que *"hay que"* hacer para no seguir perdiendo la *"guerra de clases"*.

Es evidente que, si fuese suficiente con enunciar nuestros deseos para que automáticamente se transformen en realidades, suscribiría de inmediato esa lista. Pero, desgraciadamente, no sólo no es suficiente sino que al tener que enunciarlos mostramos ya que no son más que deseos... De ahí que, por excelentes y deseables que sean, lo que debería importarnos y preocuparnos es por qué, pese a nuestras invocaciones, no se realizan. Pues es obvio que si nos damos cuenta del por qué no se realizan, pese al ímpetu y convicción que pongamos en su invocación, también sabremos el por qué el proletariado está perdiendo (por el momento) la *"guerra de clases"* frente al capitalismo.

¿De qué sirve decir *"no hay que..."* o *"hay que..."* si nadie nos escucha, si el proletariado hace otra cosa? ¿Cómo no ver lo que está sucediendo, cómo se imponen las políticas antisociales en todas partes y cómo las transnacionales del Capital dominan el mundo?

Se puede, claro, considerar que eso es transitorio, que aunque sea así hoy no lo será siempre, y decir que lo que importa *"es extraer las lecciones de las sangrientas derrotas obreras, porque las derrotas son los jalones de la victoria."* Pero, ¿decirlo nos acerca de verdad a la *"victoria"*?

Es verdad que, de todos esos fracasos, hemos podido sacar una lección, y ésta es que, como lo pensaban ya los internacionalistas de la Primera Internacional, *"la emancipación de los trabajadores debe ser la obra de*

los trabajadores mismos", y que, para que eso sea posible, todos debemos poder decidir. Y en este sentido, claro que al aportarnos la prueba, de que la libertad y la igualdad son inseparables, todas esas "derrotas" han servido de algo; pues de más en más se tiene conciencia de que nuestro futuro depende de nosotros mismos.

Pero, desgraciadamente, saberlo tampoco es suficiente para reavivar y potenciar hoy el deseo emancipador. O, por lo menos, no lo es todavía... ¿Qué hacer pues en tales circunstancias? ¿Esperar que el vendaval capitalista amaine? ¿Seguir polemizando sobre "qué es el proletariado y qué es el Estado"?

Para mí, la respuesta me parece obvia: luchar, seguir luchando contra todo lo que nos explota y oprime, y tanto en el plano nacional como en el internacional. No desanimarnos y seguir haciendo todo lo posible (cada uno con su "conciencia de clase" y sus "convicciones") por que los demás explotados y oprimidos se movilicen y participen también en esta lucha. Pero, sobre todo, no seguir en el pasado. La lucha es hoy. El capitalismo sigue y seguirá atacando mientras no seamos capaces de hacerle retroceder o de destruirlo. ¿Cómo pues seguir perdiendo tiempo y energías en disputas teóricas inútiles, estériles, a partir de una u otra mitificación del pasado? ¿No decimos que nuestro ideal, nuestro objetivo es la emancipación social? ¿No es obvio nuestro común fracaso?

Ni desmoralización ni mitificación

Para mí lo es, y por ello me parece completamente inútil y estéril pretender lo contrario, nos pongamos en una u otra atalaya de la "lucha de clases". Además, hoy sabemos que debemos combatir al capitalismo no sólo por sus nefastas consecuencias sociales sino también por el peligro que representa para todos los humanos su voracidad depredadora del planeta. Un peligro que, si no le ponemos fin, será -en un plazo no muy largo- nuestro fin; pues, si bien a las injusticias se podía en algunos casos sobrevivir, a los desastres ecológicos no.

El capitalismo (privado o de Estado) era sinónimo de injusticia social, de riqueza injustamente repartida. Hoy, además de continuar a ser eso, es sinónimo de devastación de la naturaleza, del hábitat natural del hombre. Es decir: que si ayer lo combatíamos por razones éticas, hoy debemos hacerlo por razones de sobrevivencia. Y de eso somos cada vez más conscientes todos, aunque no todos hayamos comenzado a reaccionar en acorde con tal conciencia.

Es verdad que, como ya sucedió antes con la lucha por la emancipación social, nuestra dependencia al consumismo y a los valores del capitalismo está retardando la toma de conciencia del peligro que éste representa para el medio ambiente y para nuestras propias vidas, y, en consecuencia, retarda también nuestra reacción para pasar a la acción. Pero, como lo estamos comprobando todos los días, de más en más somos más los que denunciarnos y combatimos esa amenaza, y lo más extraordinario es que esa militancia surge hoy en el seno de todos los grupos políticos y religiosos, de todas las clases y categorías sociales. Además de que también se considera de más en más vital ir más allá de las disquisiciones teóricas y los especificismos para emprender acciones concretas; pues también somos conscientes de que esta vez puede ser la última y definitiva, que si no reaccionamos ahora ya no habrá muy probablemente otras ocasiones...

Efectivamente, hoy más que nunca el dilema es socialismo o barbarie. El socialismo entendido como igualdad; pero también como libertad para todos. Pues es obvio que sólo un socialismo libertario, en el que todos podamos decidir ese futuro común, es una verdadera alternativa al capitalismo privado o de Estado que nos están conduciendo al abismo.

Así pues, ¿qué hacer hoy? Ni desmoralización ni mitificación, ser conscientes de lo que padecemos ya y del peligro que nos amenaza, y, en consecuencia, serlo también del por qué hemos llegado y estamos en esta situación. Pues sólo siendo conscientes de ello podremos, si luchamos todos, salir de ella. Tal es mi convicción y en esa dirección trato de orientar mi acción y lucha.

(1) <http://kaosenlared.net/component/k2/item/69138-la-emancipación-social-hoy.html>

(2) El propósito de iniciar este debate surgió después de unos comentarios que yo hice al artículo de Agustín Guillamón "Proletariado y clases sociales" en la web *alabarricadas*...

(3) Desde hace rato; pero sobre todo desde el inicio de este debate han aparecido y pueden encontrarse, en las webs *Kaos* y *alabarricadas*, muchos artículos ya reconociendo tan vergonzoso balance.

(4) <http://www.alabarricadas.org/noticias/node/26291>

<http://www.alabarricadas.org/noticias/node/26398>

*La violencia y la emancipación social **

Octavio Alberola, 10/13/2013

El uso de la violencia para transformar la sociedad ha dado lugar a numerosos y apasionados debates en el seno de los movimientos revolucionarios. Para los libertarios, esta cuestión ha sido siempre de una gran importancia. No sólo por las posibles derivas de la violencia en terror, en terrorismo, sino porque el recurso a ella pone en causa la necesaria consecuencia entre medios y fines que siempre nos ha parecido fundamental. No obstante, la perpetuación de la dominación y la explotación y circunstancias coyunturales muy particulares nos han obligado a recurrir a ella. Lo que no quiere decir que el dilema ético haya dejado de interpelarnos, y no siempre a posteriori.

Por estas y otras razones, ligadas a su permanente actualidad, la cuestión de la violencia seguirá siendo objeto de debate en nuestros medios. Considero pues oportuno comenzar por lo que ya dije en los años ochenta sobre el «terrorismo» en la EHSS (Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales) de París. Aclaro que, en 1979, yo estaba asignado a residencia en Francia, y que decidí, con la intención de sortear esta medida administrativa que me impedía salir al extranjero, matricularme en la EHSS para hacer un doctorado en Cine e Historia. Y fue así que, tras obtener el diploma y al finalizar los cursos de DEA, los profesores del seminario sobre «Terror y terrorismo: desde la Revolución francesa hasta hoy» me pidieron un texto de introducción para el debate, sobre «Terrorismo e ideologías revolucionarias», que debía clausurar dichos cursos en 1983.

Empiezo, pues, como empecé entonces, recordando que «el fenómeno del *terror*, el *terrorismo*, lo encontramos permanentemente en la historia, de la misma manera que las ideologías revolucionarias -como expresión del deseo profundo del hombre a la justicia y a la libertad - han estado también presentes y, sin duda, lo seguirán estando en la vida política y social».

El problema, porque problema hay, es que en muchas ocasiones - ¡demasiadas ya! - la ideología revolucionaria ha servido para legitimar el terror, empañando el significado de la idea misma de Revolución. Es por ello que insistí e insisto en que «se puede y se debe hacer un análisis menos maniqueo del terrorismo que el que generalmente se hace, por razones políticas, inclusive en los medios académicos. Y, por supuesto, del que hacen los medios de comunicación, ya sea por intereses partidarios o comerciales». Es, pues, esencial «tomar en consideración la

gran complejidad del *fenómeno terrorista* y utilizar elementos de análisis más precisos para abrir la investigación y la reflexión histórica a perspectivas menos reductoras que las desarrolladas hasta nuestros días». Desgraciadamente, la falta de rigor analítico y de objetividad al analizarlo es muy frecuente. Pocos son los que se esfuerzan en definir los conceptos y los criterios de especificidad aplicables a este fenómeno extremando el rigor epistemológico. Ni siquiera para precisar el sentido ético de la objetividad: de dónde se habla. Lo reconozcamos o no, la subjetividad no es siempre involuntaria.

Pues bien, estas puntualizaciones - que entonces iban dirigidas a un auditorio de estudiantes y de profesionales de la historia - me parecen también válidas para abordar en nuestros medios la cuestión de la violencia y la transformación social. Es evidente que la significación de los hechos no es siempre la misma para todos. Nosotros debemos también reconocerlo y abordar esta cuestión sin anteojeras ideológicas: no sólo por honestidad intelectual, sino también para ser consecuentes con nuestro ideal de justicia y libertad para todos los seres humanos.

Es, pues, necesario tomar en consideración todos los factores, subjetivos o no, que contribuyen a que los hechos sean lo que son, como también la intencionalidad y los objetivos perseguidos por los protagonistas de estos hechos. Es decir: evadirnos del caos terminológico creado por el lenguaje orwelliano de todos los que tienen interés en vaciar las palabras de su carga ética y su sentido ontológico. No hay que ser maniqueos con las palabras ni con los hechos, ni calificar de *terrorismo* sólo la violencia de los otros. En otras palabras: debemos ser extremadamente escrupulosos en el uso de ciertos términos y conceptos que el Poder (del color que sea) ha cargado de una connotación peyorativa muy particular. Sobre todo en estos momentos, cuando vemos a las grandes potencias que gobiernan los destinos del planeta convirtiendo el Terrorismo en el Gran lobo del hombre... occidental, por supuesto. Aunque sin olvidar que, como siempre, todos los Estados descubren o inventan su particular enemigo.

Y es necesario proceder así porque ha quedado suficientemente probado que las víctimas y los verdugos pueden intercambiar papeles y puestos. Además de que, con demasiada frecuencia, los protagonistas de las luchas sociales esconden sus verdaderas intenciones. De ahí que sea tan necesario aplicar nuestras definiciones a los unos y a los otros en función de lo que hacen y no sólo en función de lo que dicen o dijeron querer hacer... Los criterios, las definiciones, no deben variar según a quienes se apliquen. No se puede aceptar un galimatías semántico. La coherencia debe ser conceptual, ética: ¡al pan, pan, y al vino, vino, aquí y en China!

Por supuesto, hay que considerar la especificidad, el contexto y, en muchos casos, matizar... Pero eso no debe servir para adaptar el análisis y el debate a la conveniencia o a la ideología personal. Por lo tanto, lo primero es ponerse de acuerdo sobre la significación, la función y el alcance de ciertos conceptos y términos. Sólo esta actitud ética y esta coherencia conceptual y semántica nos permitirán ir más allá de las diferencias ideológicas y políticas, para hacer, a pesar de ellas, una reflexión realmente productiva sobre la violencia y la transformación social.

Violencia legítima y violencia ilegítima

Planteada en el seno de una polémica partidista, esta cuestión suscitará - no cabe la menor duda - las mismas discusiones que suscita el definir cuándo una acción es o no es terrorista. De ahí la frecuente tentación de pensar en la imposibilidad de llegar, para hablar de la violencia y del terrorismo, a una definición aceptada por todos. Sin embargo, cuando lo hacemos, todos partimos de conceptos que hemos elaborado o que hemos asumido previamente.

Recuerdo, a propósito de esa «imposibilidad», que ya en 1983 hice esta observación a los historiadores presentes en la conferencia, a quienes recordé, además, que incluso habían elaborado una tipología sobre el terrorismo. Una tipología en la que se encontraba toda una serie de variantes de lo que para ellos recubría la violencia terrorista: desde el «terror» de la Revolución francesa, hasta los simples actos de revuelta individual, pasando por el «activismo» de la Resistencia, de la OAS, de los nacionalistas, de la extrema izquierda y de la extrema derecha, las guerras de descolonización, las luchas de «liberación nacional», las guerrillas, etc. Yo no sé si eran o no conscientes de la contradicción; pero lo que sí sé es que la tipología se hizo y no se cuestionó, a pesar de seguir sosteniendo la imposibilidad de llegar a una definición general del terrorismo.

El verdadero problema es que, respecto a la violencia y al terrorismo, hay generalmente posiciones a priori, de tipo ético y político, que impiden el acuerdo. Además de una especie de miedo fantasmagórico a definirnos, porque ello implica poner en causa nuestros propios comportamientos. Como ocurre también con todas las palabras que nos implican personalmente: justicia, verdad, amor, etc. Sin embargo, yo creo que, con un poco de buena voluntad y - claro está - con mucha honestidad intelectual, el acuerdo es posible. No es un problema que requiera muchos conocimientos, una gran especialización para pronunciarse, basta con situarnos sucesivamente en la posición del que ejerce la violencia o el

terrorismo y en la del que soporta sus consecuencias. Si hacemos esto, enseguida veremos que la legitimidad o ilegitimidad de la violencia se nos aparece evidente, y que depende exclusivamente de lo que la motiva. Es decir: del objetivo perseguido con ella.

Todas las acciones humanas, inclusive las consideradas puramente fisiológicas, tienen un origen, una causa, pero también una motivación, un objetivo. Las «puramente» fisiológicas sacan su legitimidad de la causa, pues el objetivo está implícito en ella; puesto que, salvo en los casos de violencia patológica, el «objetivo» es exclusivamente responder a lo que provoca la reacción violenta. Cualquiera de nosotros sabe esto y juzga en consecuencia: no es lo mismo utilizar la violencia para comer, porque se tiene hambre, que utilizarla para hartarse sin tener ya hambre, únicamente para que no pueda comer otro que si la tiene. Aquí ya hay otra motivación que la de satisfacer una necesidad vital, legítima, de todo ser humano. Hay una intencionalidad que nada tiene que ver con una necesidad vital personal, sino la de impedir que otro ser humano pueda satisfacerla. En un caso así es suficiente con verificar si tal es la intención para calificarla de ilegítima: ¡aquí y en China! A condición, claro está, de que se parta del principio de que todo ser humano, por el simple hecho de serlo, tiene el derecho de existir y de realizar plenamente su humanidad. ¡Sí, el derecho de todo ser humano, de todos los seres humanos!

¿Acaso no es este principio el que fundamenta nuestra ética y la de la civilización en la que vivimos? Entonces, ¿por qué no considerarlo como referencia moral incuestionable para valorar y calificar de legítimas o de ilegítimas las acciones humanas, individuales o colectivas?

Cuando estas acciones trascienden lo biológico y se sitúan dentro de la esfera de la convivencia tienen, necesariamente, una dimensión ética, y por ello hay que juzgarlas por su intencionalidad - aunque la intención, el objetivo, no sea siempre evidente. De ahí la necesidad, antes de juzgar la acción, de descubrir su objetivo, de cernirlo y valorarlo a la luz de los principios éticos que todos reconocemos como derechos humanos. Un reconocimiento que, incuestionablemente, es universal aunque muchas veces sólo sea formal.

Me parece, pues, muy razonable el tomar en consideración la dimensión ética de la acción humana para diferenciar bien lo que es violencia terrorista de la que no lo es. No es lo mismo luchar por la libertad y la dignidad del hombre, de todos los hombres, que negárselas para dominarlos y explotarlos. Y eso a pesar de que la historia nos ha mostrado que muy frecuentemente las víctimas se transforman en verdugos, y que también muy a menudo el discurso de la rebelión disimula su verdadera

intención. Los libertarios sabemos esto y que el Poder es, en toda circunstancia, la dominación del hombre por el hombre, incluso el «poder revolucionario». Como sabemos también muy bien que, si el Poder no puede imponer su dominación por medios «pacíficos», no tiene ningún escrúpulo en recurrir a la violencia, al terror para imponerla. Es por esto que rechazamos el Poder y lo combatimos en todas sus formas.

Mi experiencia: la resistencia libertaria al franquismo

Todos sabemos lo que fue el franquismo y cómo se mantuvo durante tantos años. Los libertarios luchamos, como pudimos, contra la dictadura. La resistencia libertaria al franquismo comenzó el mismo día que terminó la guerra y no paró hasta que el pueblo español recuperó las libertades llamadas democráticas. Los nombres de miles de libertarios represaliados, presos o fusilados, y los numerosos comités “confederales” anarcosindicalistas de la CNT) o “específicos” (anarquistas de la FAI) desmantelados por las fuerzas represivas franquistas lo atestiguan. La lucha se inició y se prosiguió en la medida de nuestros medios, que no eran muchos, intentando oponer a la violencia represiva, incalculablemente superior en hombres y armamento, nuestra violencia resistencial, en muchas ocasiones puramente testimonial.

¿Se pueden equiparar las dos violencias? ¿Respondían a las mismas motivaciones? ¿Tenían la misma intencionalidad, el mismo sentido y objetivo ético?

Yo creo que no, y no sólo por la desproporción entre las dos, sino precisamente por su objetivo. No, no es lo mismo utilizar la violencia para aterrorizar a un pueblo y mantenerlo sometido, que utilizarla para que ese pueblo pueda recuperar la libertad de expresión, de reunión y de organización.

En lo que concierne al franquismo, su intencionalidad era manifiesta, no daba lugar a dudas, estaba presente en todos sus discursos y actos: imponer su voluntad, mantener su dominación y permanecer en el Poder reprimiendo toda oposición. En cuanto a la nuestra tampoco se podía dudar: se recurría a la violencia solamente para reclamar libertad y en ningún momento tuvo por objetivo el Poder. Y es en esto que la violencia antifranquista libertaria se diferenciaba de la franquista y de la ejercida por otros grupos antifranquistas, que también reclamaban libertad pero que aspiraban al Poder. Por tanto, sólo por mala fe o por ignorancia se pueden equiparar esas violencias.

Los que aspiran al Poder quieren mandar e imponer sus ideas. Para conquistarlo no reparan en conseguirlo por la violencia, sólo depende de la relación de fuerzas. Lo importante, para ellos, es llegar al Poder y mantenerse el mayor tiempo posible en él: por la represión y el terror si es necesario. Aceptan la democracia cuando ésta les permite conseguir su objetivo o cuando no hay condiciones para alcanzar el Poder por medios violentos. Su violencia es siempre opresiva, negadora de la libertad del otro. Por eso, aunque se pretendan democráticos, su intención es ser hegemónicos en todos los terrenos: en el ideológico, en el político, en el económico y hasta en el cultural. Nuestras divergencias con ellos son pues enormes, fundamentales. De ahí que me parezca legítimo introducir esta diferencia en el debate y exigir que sea tomada en consideración antes de equiparar todas las violencias.

Además, en lo que concierne a la violencia de los libertarios contra la dictadura franquista, puedo afirmar que siempre se veló por mantener la máxima coherencia entre medios y fines. No sólo rechazábamos organizarnos jerárquica y militarmente, sino que estaba totalmente excluida toda forma de funcionamiento que pudiese derivar en «profesionalización». Los que participaban en la acción lo hacían de forma voluntaria. No se sacrificaba el imperativo ético, que conforma la ideología libertaria, a la «eficacia». Las acciones eran de auto defensa o testimoniales: para reaccionar frente al terror franquista y aportar nuestra solidaridad a los que sufrían la represión por reclamar la libertad para todos los españoles. Por ello la violencia en nuestras acciones era más bien simbólica, estaba reducida a su mínima expresión, pues no se quería hacer víctimas, salvo en la persona del dictador. No tenía por objetivo aterrorizar, sino denunciar la represión de que el pueblo era víctima, alentarle a resistir para crear, con los demás sectores antifranquistas, una dinámica resistencial capaz de provocar la caída de la dictadura.

Es posible que los hubiese que soñaran con entrar victoriosos en Madrid e imponer la Revolución por las armas. Pero de lo que estoy seguro es que, para la mayoría de nosotros, hacía ya mucho tiempo que habíamos superado ese mesianismo. No nos considerábamos una vanguardia revolucionaria. Sabíamos que la transformación social no se impone, que ella sólo se consigue con la afirmación y generalización del deseo de justicia y libertad en el seno de las sociedades humanas. Tal era nuestro propósito y sigue siéndolo.

La historia está llena de ejemplos que demuestran cómo se pervierte el ideal revolucionario a través del ejercicio del Poder, cómo la violencia revolucionaria se ha vuelto terrorista y ha acabado engendrando

monstruos totalitarios. Todas esas experiencias han terminado en fracasos estrepitosos, y en lugar de transformación social lo que ha habido al final es regresión. Ninguna de esas experiencias ha producido el «hombre nuevo». Al contrario, los pueblos que las han vivido y sufrido han quedado desarmados, moral y socialmente, para hacer frente a las castas «revolucionarias» transformadas en mafias empresariales. Del capitalismo de Estado se ha vuelto al capitalismo más salvaje, a la religión y al nacionalismo más patriotero. Contrariamente a lo que decía buscar, el mesianismo revolucionario ha contribuido decisivamente a la consolidación de la explotación capitalista a la escala planetaria y al descrédito de la idea de transformación social.

El balance no puede ser más catastrófico y desolador. ¡No lo olvidemos!

() Este texto, escrito hace algunos años, ha sido actualizado para ser publicado en la web mexicana "desinformemos" con el objetivo de hacer frente a la violenta campaña de estigmatización -orquestada por el Gobierno y los medios de comunicación mexicanos- de los jóvenes anarquistas que en México se han enfrentado a las fuerzas represivas de los movimientos de protesta social.*

¿Por qué es importante luchar?

Octavio Alberola, 10/22/2013

Tras un intercambio de comentarios a mi artículo La violencia y la emancipación social (1), en el que yo hacía una breve referencia a la lucha antifranquista de los años sesenta protagonizada por los jóvenes libertarios, el compañero Acratosaurio rex me incitó a explicar, por qué "hay veces que hay que pelear aunque se sepa que se va a perder". Esto es pues lo que intentaré explicar a continuación.

En su primer comentario, tras precisar que, "desde un punto de vista de relación de fuerzas", debía parecernos "claro" que "atacar al franquismo con algunas bombas, secuestros, tiroteos, atracos...", no permitiría "derribarlo", y que, a pesar de ello, pusimos en juego nuestras "vidas" y nuestra "libertad" sabiendo que "tal vez alguno iba a morir en el camino, y que muchos iban a pagar con cárcel, tortura, desconfianza...", este compañero me preguntaba: "Entonces, ¿por qué ir a una guerra perdida?"

Mi primera respuesta fue comenzar por recordar "que si los que están sometidos se dan por vencidos de antemano nunca se liberarán". Y lo decía pensando en los que estaban (estábamos) sometidos entonces pero también a los que seguimos sometidos hoy. Pues también hoy puede parecer "que la 'guerra de clases' está perdida y que no vale la pena luchar...", y, no obstante, pese a que los hay que piensan así y renuncian, "también los hay que continúan luchando y arriesgando (por lo menos) la comodidad de quedarse en casa y recibir algún mamporrazo, perder el empleo o ir a la cárcel". Pues, aunque "contra el franquismo, se arriesgaba más...", ello dependerá ahora "de cómo se ponga esta 'guerra'..." Y esto es así porque "no siempre el motivo de la acción es 'ganar'; pues en muchos casos se hace por dignidad y solidaridad". Efectivamente, le decía : "¿Cómo olvidar que, a pesar de lo que continuaba siendo la represión franquista y el recuerdo de los miles de asesinados por ese régimen, en España había gente que seguía luchando y que por el simple hecho de repartir una octavilla, un periódico o participar en una manifestación o huelga era condenada a largos años de cárcel?" ¿Cómo pues no ser solidarios con los que mantenían esa lucha y no considerar una cuestión de dignidad testimoniarlo.

Además, para comprender hoy por qué entonces se decidió testimoniar tal solidaridad, le recordé que la "guerra" de los años sesenta (2) la plantearon "los libertarios tras un acuerdo (unánime) de sus tres organizaciones (CNT, FAI, FIJL) y que el contexto nacional e internacional permitía pensar que, con la acción, se podía acelerar la recuperación de las 'libertades formales' y evitar que el franquismo pudiera hacer "tan atada y bien atada" la transición..."

Es decir, que aun siendo conscientes de que la "relación de fuerzas", en el terreno de la lucha armada, no era ni siquiera mínimamente favorable al antifranquismo, considerábamos que, de cierta manera, lo era en el ámbito político nacional e internacional. No sólo porque la dictadura franquista se había convertido en un vergonzoso anacronismo para la opinión pública democrática internacional y en particular para la europea sino también porque la burguesía española tenía prisas por poder entrar en la Comunidad Económica Europea. Posibilidad que estaba supeditada a la desaparición de la Dictadura.

Eran pues muchos los factores que, en esos momentos, indicaban la fragilidad política de la Dictadura: tanto por el interés de algunos

sectores, ligados al propio Régimen, de "liberalizarlo" e iniciar la andadura hacia una "transición" -aunque lo más "atada" posible- como porque tal "transición" contaba con el beneplácito de las Grandes Potencias occidentales, que sólo esperaban la desaparición física de Franco para apoyarla abiertamente.

Es por ello que no debe sorprender la decisión, de los libertarios y de otros sectores del antifranquismo, de reanudar en los comienzos de los años sesenta la acción antifranquista para acelerar tal proceso e intentar que esa "transición" fuese de ruptura y no de continuidad. Y no debe sorprender que se tomara tal decisión porque, en esos momentos, el antifranquismo estaba viviendo además momentos estimulantes con los triunfos de los movimientos de liberación en los países colonizados y, en particular, en Cuba, en donde la guerrilla castrista había puesto fin a la dictadura de Fulgencio Batista. Triunfos que habían repercutido en el seno de la oposición antifranquista potenciando la voluntad de "oposición activa" y de recomenzar la lucha armada...

Es pues en ese contexto y en ese ambiente que debe situarse el análisis de la "lucha armada" propiciada por los libertarios, para poder comprender el por qué la reanudaron al comienzo de los años sesenta: no sólo porque no se trataba de ganar una "guerra" sino de impedir que el franquismo la ganara definitivamente, si conseguía poner en marcha e imponer su propia "transición" de la Dictadura a la "Democracia".

¡Por qué me parece importante luchar...!

Más que formularlo como pregunta, ¿por qué "hay veces que hay que pelear aunque se sepa que se va a perder"?, lo que el compañero Acratosaurio planteaba era y es la importancia de no olvidar que hay veces que se debe luchar porque, aunque lo más seguro sea que se pierda, "nunca se sabe" lo que puede pasar... Y de ahí que concluyera diciendo "que también es importante saber, que hay que entrar a pelear sabiendo que se puede ganar. Porque nunca se sabe".

Efectivamente, no sólo "nunca se sabe" lo que puede pasar sino que siempre influye lo que se hace en el resultado. No hay nada ganado ni perdido antes de comenzar. Es en la lucha que generalmente se "gana" o se "pierde". Precisamente en aquellos momentos habíamos asistido a una lucha que parecía vencida, sin mañana (el asalto al cuartel Moncada, en 1953, y el catastrófico desembarco de Fidel en la costa cubana, en

diciembre de 1956); pero triunfante dos años después, con la entrada de los "barbudos de la Sierra Maestra" a La Habana el 8 de enero de 1959. Además de que, en muchos casos, se gana (política y moralmente) perdiendo militarmente.

Así pues, si se quiere saber por qué los libertarios decidimos, a comienzos de la década de los sesenta, reanudar la lucha antifranquista y por qué, pese a ser conscientes de la desproporción de fuerzas en la que nos encontrábamos, los que participamos en ella lo hicimos voluntariamente, se debe tomar en consideración no sólo el contexto de ese momento (3) sino también el contexto histórico anterior y el hecho de que los libertarios (jóvenes y viejos) luchaban o por lo menos decían luchar, además, por un cambio social en España y en el mundo. La causa antifranquista formaba parte (por lo menos en su imaginario) de su lucha por la revolución social que habían comenzado tras la derrota de la sublevación militar en muchas ciudades y pueblos de España el 19 de julio de 1936. Además de que, como ya lo he dicho antes, también éramos conscientes de que no podíamos quedarnos insensibles ante los sacrificios de los que nos habían precedido (4) en la lucha y a lo que seguían padeciendo en España cuantos tenían la dignidad y el valor de oponerse a la Dictadura.

Sobre lo que fue esa lucha y el balance que se puede hacer de ella, sabiendo que finalmente la "transición" se produjo sin ruptura institucional con el régimen franquista y que hoy estamos como estamos, me parece que cada uno puede sacar sus propias conclusiones. Yo ya lo he hecho (5) y sólo puedo agregar que, a pesar del triste balance de la "Transición" española y del de más de siglo y medio de luchas por la emancipación de los trabajadores, la lección que nos da la historia es -sin lugar a dudas- que nada se consigue si no se lucha, que es importante luchar para no ser cómplices de nuestra propia derrota, para no resignarnos a la servidumbre voluntaria. Y, además, porque, pese a las derrotas, el hombre rebelde sigue haciendo caminar la humanidad hacia la utopía.

Luchar es, pues, importante hoy para impedir que el capitalismo siga siendo fuente de injusticia y de destrucción de nuestro hábitat natural; pero luchar también para que nuestras luchas sean cada vez más consecuentes con este objetivo y no acaben pervertidas por los que aspiran a mandar y por los que sólo saben obedecer. Luchar para decidir

por nosotros mismos y no para que decidan otros en nuestro nombre, y para que nuestras luchas no acaben contribuyendo a que siga lo mismo.

Luchar pues para emanciparnos de toda forma de explotación, de dominación y que la aventura humana no acabe en un irracional suicidio colectivo.

(1) <http://www.alasbarricadas.org/noticias/node/26494>

(2) <http://www.cgtmurcia.org/index.php/ensenanza1/23-cultural/memorialibertaria/115-la-resistencia-libertaria-contra-el-franquismo-defensa-interior-d-i>

(3) *Descrito más en detalle en el enlace de la nota 2.*

(4) *Francisco Sabater, el Quico, había sido abatido en las cercanías de Barcelona con cuatro jóvenes libertarios el 4 de enero de 1960*

(5) *Por ejemplo en el texto del enlace de la nota 2 y en estos dos textos:*

<http://www.alasbarricadas.org/noticias/node/26282>

<http://www.alasbarricadas.org/noticias/node/26429>

Epílogo

Como epílogo, de este compendio de artículos hecho por el compañero Alfonso para su blog, me ha parecido oportuno aprovechar su invitación, a agregar lo que se me viniera en gana, para precisar un poco más lo que para mí debe ser el sentido de esta lucha y la forma en que ésta debería concretarse hoy frente a los negros designios del Sistema de dominación mundial de los amos del Capital.

Así pues, para mí:

El sentido de esta lucha no debe limitarse exclusivamente a la emancipación social de la clase trabajadora, debe ampliarse a la Humanidad entera e integrar la necesidad vital de preservar su hábitat natural. Debemos luchar pues por la justicia social y por un ecosistema natural que la haga posible y sostenible.

La forma o formas en que esta lucha debería concretarse no deben ser incompatibles, contradictorias, con este sentido; que deben ser consecuentes con él, en función de las circunstancias y de los medios de que dispongamos.

Es decir: que además de la necesaria coherencia entre medios y fines, no debemos sacrificar el mañana por el presente ni el presente por el mañana, como tampoco negar con los actos lo que afirmamos con las palabras. Que debemos esforzarnos por ser, en todo momento, coherentes y consecuentes para que nuestra lucha sea la expresión efectiva del objetivo que decimos perseguir, y en ser conscientes de la nocividad del sectarismo, de todas las formas de autoritarismo y de que la emancipación que buscamos debe ser el objetivo y la obra de todos.

En resumen: no resignarnos a la sumisión, luchar para que la insumisión avance y hacer todo lo posible para que ella sea el crisol de ese mundo nuevo que anhelamos y que debemos construir entre todos.

